

EL ARTE
ROMÁNICO-BIZANTINO
EN ESPAÑA

MEMORIA PREMIADA

EN LOS

JUEGOS FLORALES

CELEBRADOS EN VALLADOLID EN 1882

POR

E. MARTIN CONTRERAS

C. DE LA OLIVA DE GAYTÁN



MADRID
TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ
IMPRESOR DE LA REAL CASA
calle de la Libertad, núm. 16

1883

MIGUEL MIRANDA

LOPE DE VEGA, 19

28014 - MADRID

TELF. 914 294 576

86
COM

EL ARTE ROMÁNICO-BIZANTINO

EN ESPAÑA

+ 1249884



EL ARTE
ROMÁNICO-BIZANTINO
EN ESPAÑA

MEMORIA PREMIADA

EN LOS

JUEGOS FLORALES

CELEBRADOS EN VALLADOLID EN 1882

POR

E. MARTIN CONTRERAS

C. DE LA OLIVA DE GAYTÁN



MADRID
TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ

IMPRESOR DE LA REAL CASA

calle de la Libertad, núm. 16

1883

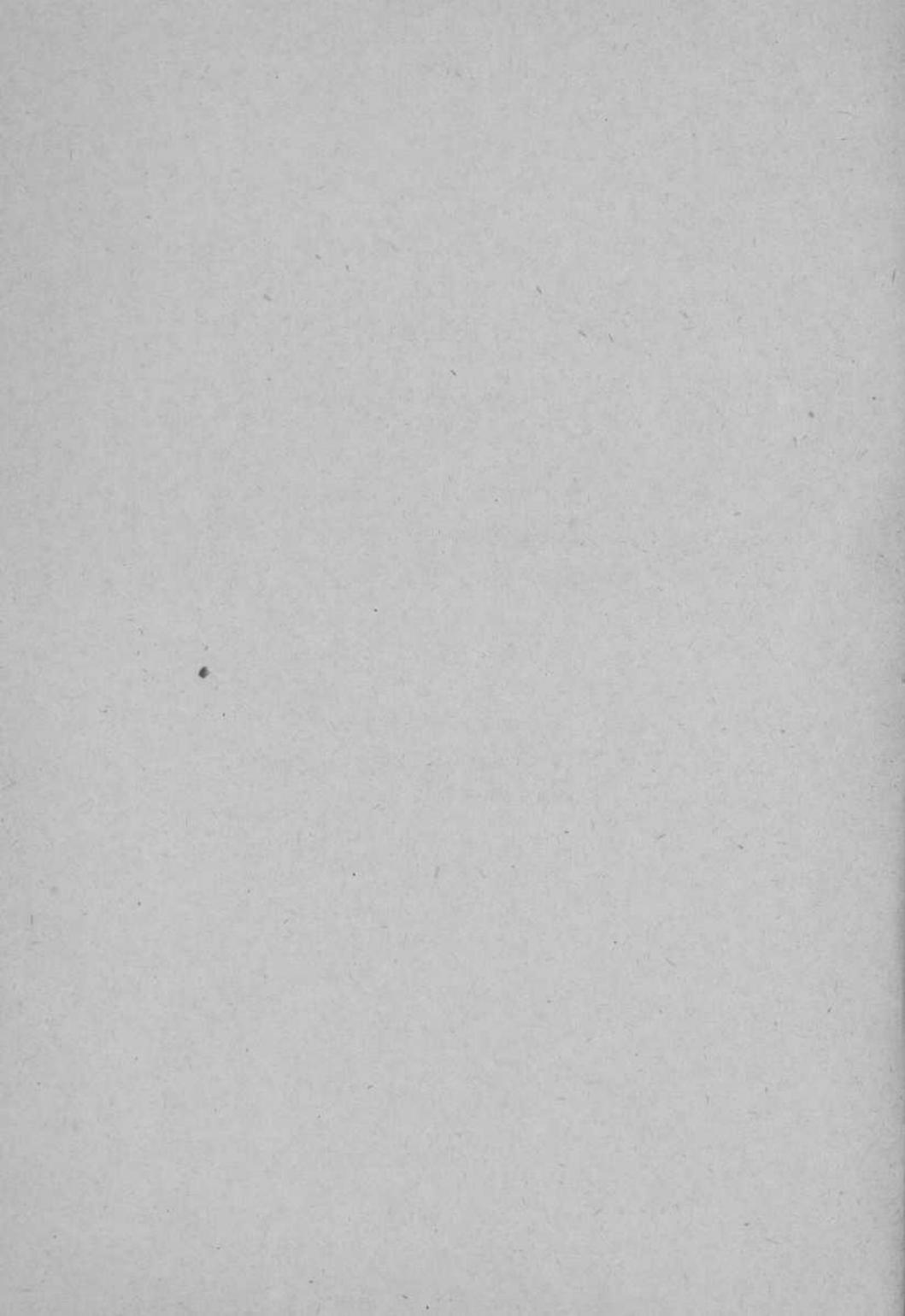
R155899

TEMA

IMPORTANCIA, GENERALIZACIÓN Y CARÁCTER PROPIO QUE
EN ESPAÑA TUVO EL GÉNERO ARQUITECTÓNICO LLAMADO
ROMÁNICO Ó ROMÁNICO-BIZANTINO.

BASÍLICA DE SANTA MARÍA DE LA ANTIGUA

La sociedad Círculo de Recreo de Valladolid propuso este tema para los juegos florales convocados por aquel Ayuntamiento para el 29 de septiembre de 1882. El Jurado adjudicó á esta Memoria el primer premio ofrecido por la misma Sociedad al trabajo que mejor desarrollase aquel tema.

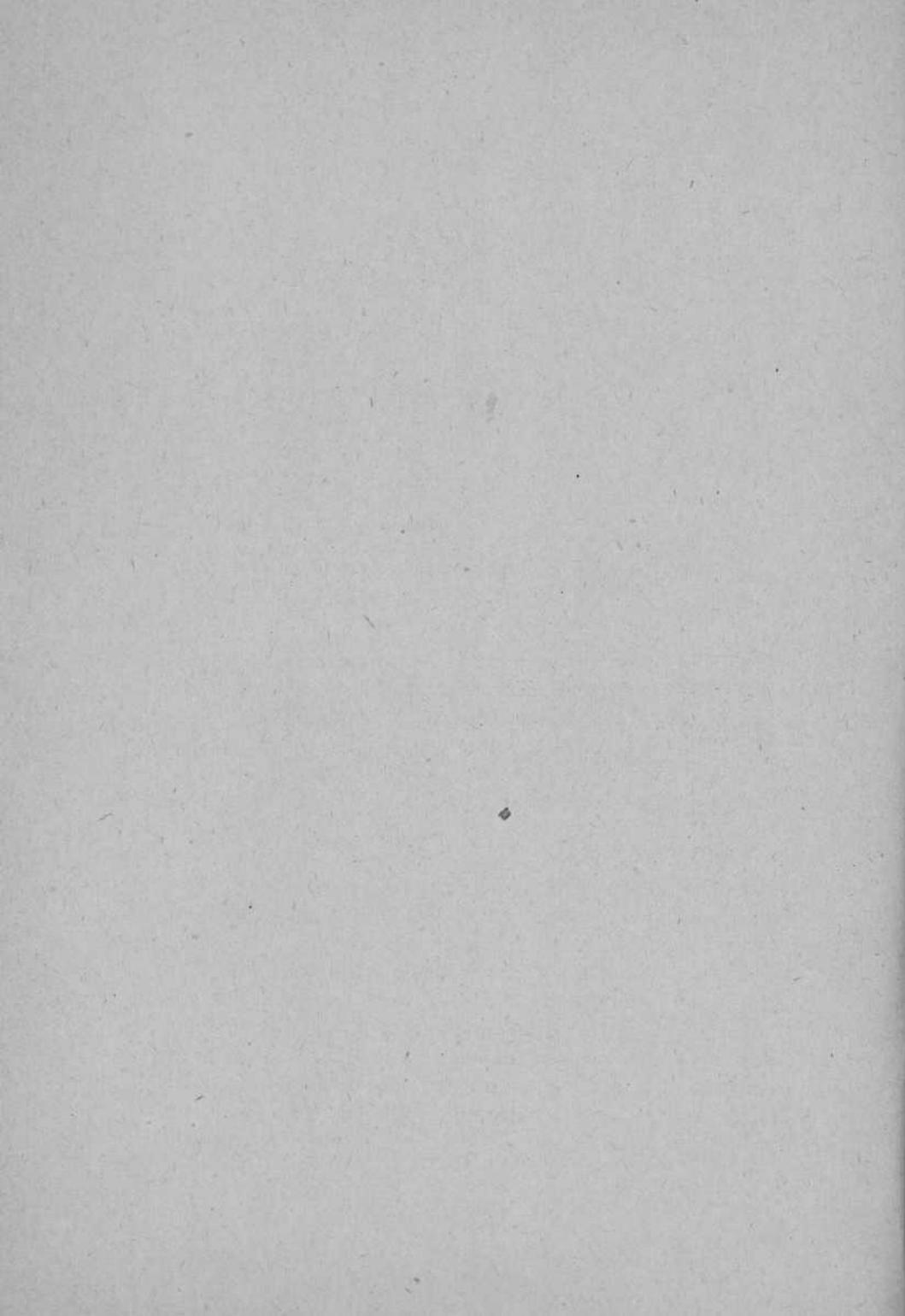


A LA SOCIEDAD
CÍRCULO DE RECREO
DE VALLADOLID

Si las obras de los hombres son hijas de los que las inspiran, mejor que de los que las ejecutan, este trabajo pertenece á esa ilustrada Sociedad, que excitó mi mente y movió mi pluma á realizarlo.

A la verdad, carece de mérito en sí para que yo pueda ofrecerle á quien de derecho le corresponde: mas ya que un benévolo tribunal le adjudicó aquel honrosísimo honor, dignese aceptar este ofrecimiento Sociedad tan distinguida, que, como acto de reconocimiento, la tributa

EL AUTOR.





ANTAS inspiraciones de tan venerandos monumentos de diez siglos; sublimes hálitos que embargan el alma del que os contempla á la luz de la fe que os crearon, con el pensamiento absorto, considerando cuanto pasó en vuestros recintos. ¡Misteriosas bóvedas! ¡augustos ábsides! ¡criptas pavorosas! ¡templos del Señor, agobiados con el peso de los siglos! ¡ruinas sacrosantas! ¡Oh! para quien sabe admiraros, sois el libro de la verdad y de la historia; poemas de amor y de grandeza; la expresión suprema y asombrosa de la idea de Dios que le fuera dado enunciar al genio de la sociedad cristiana.

Si, como dijo Villemain, los pueblos construyen ideas con el mármol y forman poemas épicos con las catedrales; si, como dice Caveda, los monumentos expresan el genio de los pueblos que los crearon, estudiar esos monumentos será estudiar la civilización y el carácter de aquellas sociedades. No puede abarcar tanto el trabajo que nos proponemos. Sujetos al tema propuesto, hablaremos del género arquitectónico ro-

mánico-bizantino; expondremos su carácter general, su carácter particular en España, y como corolario manifestaremos lo que encierra, expresa y revela, á nuestra escasa inteligencia, ese augusto recinto que aún se eleva en nuestra ciudad, á despecho de los siglos y de las revoluciones, que llamamos Nuestra Señora de la Antigua.

Dada la importancia de esta tesis, realmente para su cumplido desarrollo se necesita mayor ilustración que la nuestra; así, no pretendemos merecer el lauro que al mejor desarrollo de aquel tema se promete. La inclinación hacia esta clase de estudios nos ha impulsado á ejercitar nuestras escasas luces en este trabajo; y nuestra recompensa sería suficiente, si del examen del que haya de ser premiado resultase alguna paridad de ideas ó conexión de principios, que nos demostrase en conciencia no hallarnos extremadamente distantes de la meta que nos propusimos.

I.

Á fines del siglo pasado, calmado en parte aquel ciego exclusivismo que la crítica mostrara por los monumentos sujetos al compás de Vignola ó á las reglas de Palladio y de Vitruvio, comprendiéndose ya la importancia histórica y artística de aquella arquitectura, que iniciada en la fundación de Constantinopla y adoptada por Carlo Magno, se generalizó en el siglo XI, algunos países quisieron darla un nombre, que significase que al menos en sus caracteres y rasgos más fijos y determinantes habían aparecido allí por primera vez: así, obtuvo diversas denominaciones.

Ya en este siglo convenimos los más en que su denominación más razonable y filosófica debe de ser la de románico-bizantina. Románica, y no latina, á imitación de como se llamó romance á la lengua latina adulterada; pues que aquélla, si se compone, como su primer elemento, de la arquitectura antigua de Roma, no conserva sus rasgos en su pureza, sino adulterados; y bizantina, y no griega, porque tampoco apa-

recen en ella las invenciones creadas por la Grecia, sino modificadas ya al gusto y aspiraciones del nuevo Imperio de Oriente. Es realmente esta denominación la más adecuada, porque expresa así la verdad de su origen y de sus elementos constitutivos. No puede negarse que en diversos países manifestó algunos accidentes particulares; pero tales son estos, que nunca variaron su constitución de modo que merezcan nombre especial.

Conviniendo, pues, en esa denominación, someramente diremos cómo y cuándo se formó; qué caracteres y rasgos más principalmente la determinan; qué variantes sufrió en su desarrollo; qué razón histórica la produjo; qué civilización representa; qué idea y qué espíritu la envolvió y la sostuvo. Y ciñéndonos al tema propuesto, al estudiarla así en todas partes en rápido vuelo, haremos converger nuestra mirada con más detención hacia nuestra querida Patria, hacia nuestro Valladolid, que tantos monumentos encierra de sus pasadas grandezas; que tantos muros atesora, saturados de poesía y de artísticos ideales.

No puede determinarse con certeza el tiempo y lugar en que naciera ningún estilo nuevo en el arte, porque lo que es hijo de evoluciones ó transformaciones, cuando se encuentra creado, ha tenido ya anteriores momentos de existencia que no han podido ser apreciados. Los detalles del arte bizantino empiezan á brillar levemente en las fábricas latinas del siglo VII.

Desde el siglo V las dos escuelas arquitectónicas, la de Oriente, creada en Constantinopla, y la de Occidente, derivada de la romana y acogida por los Pontífices, se disputaban las construcciones monumentales de Europa y de Asia. Carlo Magno, al intentar reconstruir el Imperio de Occidente, hace triunfar en Europa el arte oriental. Diríase que tratando de fundar su Imperio sobre la base de la religión cristiana, rehuye emplear en sus templos la arquitectura inventada para los Dioses y Césares de Roma; y hallando más ideal y menos pagana la arquitectura de Oriente, se decide por ésta. En Constantinopla busca los modelos y los artistas para sus templos, y en Aquisgrán funda la catedral. Allí, en

la que hoy se llama Aix-la-Chapelle, admiramos aquel templo, el primero digno del catolicismo en aquella época, en que recibiera culto Jesucristo, sin que sus paredes hubiesen cobijado á las falsas divinidades; el primero, hijo ya de un arte, que, aunque supeditado aún al arte antiguo, revela ya el espíritu de la nueva civilización que anuncia el cristianismo. Cobijados bajo aquella sombría cúpula, descubrimos allí los albores del nuevo arte en que el cristianismo había de expresar su espíritu y su fuerza creadora.

En Italia, Othón el Grande prepara su desarrollo y también hace venir artistas griegos.

Mas dos causas hacen detener el curso del progreso en el arte y en la civilización. Carlo Magno, al dividir su Imperio entre sus hijos, destruye su grandiosa obra de reconstrucción, y el terror que se apodera de toda la Europa al anunciarse el fin del mundo para el año 1000, produce un desquiciamiento y una descomposición general. Pasada esta terrible crisis, repuestos los ánimos, de nuevo sigue su curso el progreso artístico, y el arte cristiano aparece, á mediados del siglo XI, lleno de nueva vida y realizando la transformación iniciada en los monumentos del siglo VII.

Durante este período de gestación, ¿cómo caminaba el arte monumental en nuestra Patria? Estrechados los cristianos en las montañas de Asturias, no podían imitar más que los monumentos puramente romanos del tiempo del imperio, y los del estilo latino elevados por los godos: aquéllos nacieron en el paganismo y éstos en el seno del cristianismo; la religión les había dado en las basílicas un tipo invariable y simbólico. Mas en medio de analogías tan marcadas con las basílicas del estilo latino, las de Asturias y otros países de España, anteriores al siglo XI, recibieron de las localidades algunos caracteres particulares y esencialmente suyos, que en gran manera las distingue. Fueron pobres y humildes, de ruda construcción, de aire tímido y encogido, y la correspondencia establecida desde muy temprano entre los califas y los monarcas de la Península, la procuraron algunos rasgos de estilo árabe para su atavío. Así, los arcos de Santa María de Valdediós manifiestan ya sus extremidades ligeramente en-

corvadas hacia la parte interior; y lo mismo sucede en la iglesia de Baños, próxima á esta ciudad de Valladolid, tan digna de ser visitada como uno de los pocos monumentos latinos que se conservan en nuestra Patria.

En el siglo XI, á las causas que en Europa impulsan la civilización, tenemos que añadir en España una muy particular y determinante. La conquista de Toledo por Alfonso VI. A la realización de esta empresa se ensancha el corazón castellano; crece el entusiasmo por la fe cristiana; parece ya verse el día del completo triunfo contra los agarenos.

Se ha podido levantar la enseña de la cruz en la ciudad más importante de los califas; y el entusiasmo por esta guerra santa resuena hasta en los confines de Francia, y llegan de allí grandes magnates para ayudar con su valor y con su riqueza á la prosecución de aquella empresa tan heroica. En los monumentos que entonces se levantan en las nuevas ciudades conquistadas, ó fundadas de nuevo, es en donde ya podemos contemplar determinado el arte que hoy denominamos románico-bizantino. Por una parte, nuestros arquitectos encuentran en Toledo magníficos modelos que imitar del arte oriental, importado allí por los califas: ya antes los árabes les habían servido de mediadores para comunicarles ó transmitirles las nuevas invenciones que ellos importaran de Oriente; mas ahora, á la contemplación de Toledo, la lección ha de ser mucho más eficaz. Y por otra parte, aquellos grandes próceres, que de Francia se incorporaran á la corte de D. Alfonso, también tienen presentes las construcciones que han dejado en Angulema, Tolous y Poitiers. Con los recuerdos del pasado y al impulso de estas nuevas ideas, se busca una fórmula artística en los monumentos que exprese el entusiasmo y la fe que á todos les anima.

Crece todas las dimensiones de las fábricas; adelgázanse los fustes de las columnas; no son tan escasos y monótonos como antes los adornos; adquieren los capiteles contornos más airosos; admiten los arcos mayor número de molduras y los baquetones de las arquivoltas aparecen más cilíndricos. Mas á pesar de esto, sigue predominando en el siglo XI el elemento latino en los principales rasgos de la construcción,

y la ornamentación indistintamente se compone de los dos elementos latino y griego, y algo del árabe. Hasta la conclusión del siglo XI, casi coincidiendo con la conquista de Toledo, la arquitectura en España simboliza el poder teocrático que la ha creado. En la conclusión de ese siglo señalan todos los escritores el comienzo de la segunda época del estilo románico-bizantino; y en él adquiere durante todo el siglo XII gran desarrollo y su mayor esplendor en el siglo XIII.

Implantado ya y perfeccionado el arco ojivo; las bóvedas peraltadas que han reemplazado á las de medio cañón y á los techos planos; la mayor elevación de las ventanas; los rosetones abiertos sobre las puertas, que también son de mayor luz; la esbeltez de las columnas; los capiteles más airosos; el cimborio que se eleva en medio del crucero; esos primorosos detalles robados por los árabes al arte neo-griego, modificados por su ardiente fantasía y así transmitidos á nuestros arquitectos: todo esto hace perder al arte bizantino aquel carácter misterioso y sombrío que antes revelara, y se muestra dentro de sus bóvedas más poético, ideal y algo voluptuoso.

En el exterior, las fábricas adquieren notable desenvolvimiento y mayor riqueza. Sus portadas son de la misma forma que las del anterior período, pero aumentan en proporción y en suntuosidad; se componen, también como antes, de arcos concéntricos, revestidos de toros, estrellas, flores, dientes de sierra; y sobre los fustes de las columnas aparecen estatuas de santos. Los espacios comprendidos entre el dintel de la puerta y el último de los arcos se cubren de relieves, y en todas partes descuella la imaginaria. Adquiere así en el conjunto y en los detalles formas más vagas y poéticas en todas partes; pero especialmente en España, expresa en este segundo período mayor carácter neo-griego que latino: hasta que al alborear el siglo XIV llega á realizar esa feliz transformación, que por la mayor aplicación del arco ojivo sobre una más rica y varia ornamentación, la convierte en gótica, ó más propiamente ojival.

De cuanto llevamos expuesto podríamos decir, que el género arquitectónico que estudiamos fué una combinación del

arte nuevo de Oriente con el antiguo de Occidente, por la cual, el cristianismo, buscando una fórmula arquitectónica que le relevase del servilismo en que se hallaba respecto al arte pagano, expresó las conquistas que iba realizando en el progreso y civilización de los pueblos: fórmula artística que, aunque producto de una aleación en la que aún se descubren sus componentes, revela ya el espíritu de una nueva fuerza creadora. Evolución necesaria para llegar á esa sublime transformación, que había de producir la creación ideal del arte de la catedral de Colonia.

Y considerando al arte ojival como el complemento del bizantino, hagamos constar esta preciosa observación que hemos hecho. En Aix-la-Chapelle se contempla aún el severo monumento, en el cual Carlo Magno iniciara la transformación que después hubiera de producir el nuevo arte: cuatro pasos de allí, en Colonia, se eleva el maravilloso monumento, la más grandiosa concepción y último producto que pudiera dimanarse de aquella transformación. Casi juntos se muestran el monumento que diera vida al arte bizantino y el monumento más sublime y asombroso que él produjera; el templo en que naciera el arte propiamente cristiano, y aquel en que realizara su más espiritual y grandiosa concepción.

Penetramos en San Pedro en Roma, y aquel vestíbulo que nos recuerda el *foyer* de la Gran Ópera de París, y aquella arquitectura inventada para los dioses del paganismo y aplicada hoy en todos los edificios mundanales, nos parece indigna del culto del verdadero Dios. Allí no puede elevarse el espíritu. ¡Ah! En la catedral de Colonia, el alma respira y se siente envuelta y compenetrada por la fe de Cristo. Ni la catedral de Sevilla, ni la de León, ni la de Milán, ni la de Strasburgo, pueden dar una idea de la de Colonia. Considerad el más rico detalle de cualquiera de éstas: fijémonos en la parte interior del crucero de la de Burgos, y á su contemplación consideremos: ¡Cuán sublime sería un templo de cinco naves extensas y elevadas cual la vista no alcanzara á dominarlas, cuya ornamentación en todas sus partes fuera tan primorosa como aquel cimborio: que estas naves tan inmensas, así ornamentadas, se sostuvieran sobre columnas

de un escaso diámetro; que apenas cerrase ningún muro aquel inmenso ámbito, porque todos estuvieran abiertos por ojivales ventanas, cerradas con cristalerías de antiguas pinturas! A este recinto tan espiritual, tan transparente y aéreo, rematado por perfectísimas ojivas, sobreponed dos torres como no existen mayores en el mundo; labradas con más primor y perfección que el mismo crucero en que nos hemos fijado. Sobreponed infinidad de botaretes, gárgolas, capiteles, arbotantes, rosetones y preciosísimas portadas, que nunca concluyéramos de admirarlas. En fin, considerad un templo de unas dimensiones tan colosales como no existiera otro en su género, y que en aquella inmensidad, en el conjunto y en todos sus detalles, de tal modo se desarrollara una maravillosa variedad, completándose en la unidad más perfecta, que á pesar de haberse ejecutado la obra en siete siglos, pareciera haberse creado en un solo día, y ¡ni aun así os podréis formar una idea de aquella divina catedral! En ningún templo se ha observado la unidad artística como en aquél; y hasta favorecen esta unidad las neblinas del Rhín, que al poco tiempo de colocadas las piedras las ennegrece y las iguala.

Empero, no podemos permitirnos estas digresiones á que nos conducen nuestros recuerdos y nuestro entusiasmo. Se nos han de dispensar en gracia, á que, apreciando al arte románico-bizantino como el más genuinamente cristiano, nos interesaba señalar la más sublime obra que de él se dimanara, para exponerla á la consideración de los entusiastas de la arquitectura greco-romana, que por tanto tiempo fué preferida y ensalzada por la crítica.

Hemos expuesto con la brevedad posible cómo y cuándo se formó la arquitectura románico-bizantina, y qué variantes fué sufriendo en su desarrollo. Veamos ahora qué razón histórica la produjo, qué civilización representa y qué espíritu la sostuvo; y así explicaremos toda su importancia y el carácter propio que tuvo en España, objeto principal del tema propuesto.

II.

Apenas la civilización que representara la religión del cristianismo hubiera levantado algún tiempo libremente su vuelo por el camino de los siglos, cuando nuevos embates habían de detenerla en su derrotero.

Vimos anteriormente cómo Carlo Magno, en el corazón de Europa, reconociendo las verdades de Cristo cual salvadoras del mundo, las proclama como bases para la reconstrucción de la sociedad. Al genio de aquel Emperador se reanima Europa y el mundo entero. Parece verse la reconstitución del mundo por un imperio tan grande y poderoso como los antiguos; mas no constituido, como aquéllos, por el despotismo de la tiranía y de la fuerza; sino fundado sobre el principio de autoridad, emanada del Dios del cristianismo.

Adquiriendo así la Iglesia una preponderancia que hasta entonces no había alcanzado, ella dirige el Gobierno de los pueblos, y á su impulso se abren al arte nuevos horizontes y nuevos ideales. El arte, pues, en aquel entonces, en Europa, y particularmente en España, no podía menos de revestir y de anunciar un carácter teocrático y simbólico de los misterios del cristianismo.

Es el arte monumental, como antes hemos dicho, expresión plástica de la civilización que le ha formado; y así, aquellas bóvedas casi cavernosas, aquellos estrechos recintos, cerrados por rígidos y húmedos muros, que sustentaban el santuario, al ensancharse, al recibir mayor elevación, más luz, y los primeros rasgos de aquella nueva transformación, si bien expresan más vida en aquella sociedad, muestran la severidad de los ritos teológicos y el carácter austero de las órdenes monásticas que comenzaban á adquirir grande importancia.

El genio de los pueblos del Norte, impreso entonces en el arte monumental, más rico y grandioso que el de los pueblos

del Mediodía, llega hasta España comunicado por la raza carlovingia, cuando por la Marca hispánica extiende su dominio hasta las orillas del Ebro. Aragón y Cataluña, merced á esta influencia, difieren notablemente en el carácter de su arquitectura durante esta época, de Galicia y Asturias: al paso que allí dominaban los elementos neo-griegos, aquí descollaban aún los latinos.

Ya hemos expuesto las causas que en el siglo IX paralizan el curso de la civilización y que mantienen también el arte estacionado. Cuando estas causas dejan de existir en el siglo XI, una fuerza, un espíritu, una explosión de sentimiento religioso imprime en Europa á todas las manifestaciones de la vida su genio particular; y en España, la misma fuerza, el mismo espíritu que ya en siglos anteriores animaba á los hijos de las antiguas razas, se reanima de tal modo, que parece renacer la vida de los cristianos al impulso de nuevos genios creadores.

Estas fuerzas, estos genios que han de ser como el fuego sagrado de la civilización, son, en Europa, las cruzadas; en España un nuevo y grandioso aliento de la reconquista.

Las cruzadas en Europa, la conquista de Toledo en España, remueven los fundamentos sociales, abrasan los espíritus, y todo se agita y se reanima al impulso de esas fuerzas. Entonces las letras, sufriendo horrible letargo, hacen al arte casi el exclusivo modo de expresar tangiblemente las aspiraciones y los ideales de los pueblos; y es la arquitectura, puede decirse, si no la única forma que reviste el arte, la única de principios y desarrollo regulares. Si, pues, como ya hemos dicho, coincide el desenvolvimiento del arte románico-bizantino con la promulgación de las cruzadas, y en nuestra Patria con el mayor enardecimiento de la idea de la reconquista, el espíritu de esas dos fuerzas hemos de verle encarnado en esa arquitectura. Y así es, en efecto.

Recorramos esos hermosos templos levantados desde el siglo XI, y observaremos en ellos, no aquel carácter sombrío y misterioso que expresaron los monumentos de anteriores épocas, sino que, aunque allí se descubre el mismo espíritu, en los arcos, en las bóvedas, en los capiteles, portadas, cim-

borios, campanarios y torres, en los detalles y en el conjunto resplandece una idea, que al lanzar á los pueblos en pos de glorias y conquistas, les muestra á lo lejos la realización de la empresa heroica y santa que soñaran.

¿Quién puede dudarlo? Los monumentos de esa época en Alemania, Francia, Inglaterra, Suiza, Italia y España, ya no son aquellos que sólo expresaban la idea de Dios y del infinito entre la vaguedad de las sombras y el misterio del silencio; expresan, sí, la idea de la divinidad, y bajo sus bóvedas se respira la santidad del cristianismo; mas esos cimborios, esos minaretes, esas torres que señalan al cielo como el fin de la vida y morada de los supremos goces, mostraban también á aquellos pueblos enardecidos y entusiasmados á la voz de la fe, los continentes, los campos y los valles que habían de conquistar á la barbarie musulmana para implantar de nuevo en ellos la bandera de la cruz, humillada por la media luna.

Los austeros templos del Señor, que sólo respiraban paz y mansedumbre, ostentan ya sobre sus elevadas bóvedas minaretes de guerra y torres de combate; el sagrado recinto se convierte en fortaleza; allí concurren los nobles y plebeyos á bendecir sus armas; y en los monasterios, antes silenciosos, se forman ejércitos, y los monjes se convierten en capitanes. Es que la guerra proclamada es santa; guerra de la civilización contra la barbarie, que une á todos los pueblos de Europa, y que al cambiar la faz del mundo, cambia la vida y las costumbres, y que, por lo tanto, había de dejar impreso su sello en los monumentos del arte.

Lo que eran las cruzadas para Europa, era la reconquista para España. El ideal era el mismo: allí, lanzar de los más venerandos lugares de nuestra religión á los musulmanes y contenerles en su marcha destructora; aquí, expulsar á los agarenos de nuestra Patria y reconstituir sobre ella los altares de Cristo, la familia cristiana, y salvar también á la Europa de la invasión que sobre este lado la amenazaba.

Las fuerzas que así impulsaban á aquellas generaciones; los móviles y los sentimientos que las agitaban; el ideal de sus aspiraciones, aún existen estereotipados en aquellos tem-

plos, alcázares y monasterios; ó ya se ocultan entre el polvo de las ruinas.

En Angulema, Tolous, Poitiers y París; en Gante, Brujes y Amberes; en Colonia, Mayens, Aix-la-Chapelle; en Pisa, Florencia y Venecia hemos contemplado ese arte monumental, que al cerrar sus ámbitos bajo la severa majestad del culto augusto del Crucificado, anuncia un pueblo que se agitaba en luchas y combates por la fe que profesaba. En España, en Salamanca, Segovia y Avila y en otras villas y lugares, observamos los mismos rasgos en los monumentos de aquella época.

No ha mucho descubríamos todos esos caracteres que llevamos expuestos en un templo á seis leguas de esta ciudad de Valladolid. Era la iglesia parroquial de Villamuriel, edificada por los templarios en el siglo XII. Si interiormente, de lo que de aquella época se conserva, es digno de toda la severidad teocrática, revela en su exterior quiénes fueran los que le erigieron. Aquellas bóvedas se han de llenar con el humo del incienso, envolviendo en sus ámbitos la idea del Dios eterno é infinito; mas aquellos muros exteriores están dispuestos para librar combates y sostener á los que hubieran de lanzarse á la pelea. Los edificios levantados por los templarios, necesariamente habían de revestir ese carácter bélico; pero otros muchos templos que no fueron erigidos por estas órdenes caballerescas, también acusan más ó menos determinadamente ese carácter, porque la idea de pelear por la gloria de Dios y la exaltación de la fe contra la dominación de los infieles, todo lo avasallaba y lo envolvía.

Las conquistas de Palestina, como las conquistas de las ciudades árabes en España, imprimen también su influencia sobre los monumentos cristianos. Los caballeros al volver de Tierra Santa traían grabados en su memoria aquellos baluartes y torreones, ante los cuales habían tenido que derramar su sangre. Muchos de los detalles exteriores de carácter neo-griego que se emplearon en estos edificios, fueron importados por los cruzados, y muy especialmente las torres no se usaron en los templos hasta que les sugirió esta idea los minaretes que allí habían asaltado.

En otras naciones, especialmente en Alemania, sobre las orillas del Rhin, el feudalismo imprime un sello particular en el arte. Existió allí el feudalismo con un vigor mayor que en ninguna parte; las abadías y los monasterios ejercían jurisdicción y tenían dominios que defender; muchas veces el templo se levanta rodeado de bastiones, que realmente parece profanar la santidad del lugar, porque no es guerra de fe ni de creencia la que allí se proclama ó se teme. Son pasiones humanas, ambiciones, discordias que se suscitan entre los poseedores del territorio que profesan unas mismas creencias. Allí adquiere en su segundo período un carácter más profano y mundanal el arte: algunos de aquellos templos que en las orillas del Rhin hemos contemplado, más parecen fortalezas que casas del Señor. Los Obispos, los electores y los magnates poblaron las orillas de aquel grandioso río de edificios altamente ricos y poéticos, y escasamente matizados de sentimientos religiosos.

En León y Castilla no pudo ejercer esa influencia el feudalismo en el arte, porque no existió con la misma fuerza y vigor. Aunque se fundaron abadías y conventos con jurisdicción y territorios propios, y algunas acumularon considerables riquezas, no alcanzaron la importancia que aquellos, y pocos fueron los magnates, y corto el tiempo, en que la grandeza tratara de resistir y oponerse á la autoridad de la monarquía. Casi siempre las fuerzas del feudalismo combaten unidas á las de los reyes, y alentando en la misma idea de reconquista, las construcciones, ya sean templos, castillos ó claustros, á que los tesoros feudales dieran vida, se levantaron sin que apenas ostentaran ningún rasgo determinante.

Más en el Condado de Cataluña y en la Marca hispánica, el feudalismo, sostenido por los sucesores de Carlo Magno, y por la mayor relación que sostenían con las Galias, hizo que los constructores sostuvieran la misma escuela en el fondo; pero más septentrional, más acomodada al genio normando y quebrantando algo su religioso simbolismo y su severidad por la introducción en los monumentos de escudos, cascos, blasones y banderas; si bien fué ya en los albores del arte ojival cuando se generalizaron estas innovaciones.

Estudiar el arte románico-bizantino considerándole en relación á España ó á otra cualquiera nación aisladamente, no podrá hacerse, puesto que en la Edad Media todo estaba envuelto y confundido por la idea de la fe cristiana cóaligada en toda la Europa contra el Asia y el Africa, que la combatían con la media luna.

Por esto, al seguir el desenvolvimiento progresivo y al estudiar su espíritu, no hemos podido menos de considerar su carácter general, que al convenir completamente á España, no por esto deja de tener rasgos especiales en ella, tales como ya les hemos indicado.

La situación de España respecto á los árabes, establece con ellos una relación que muy particularmente se refleja en el arte. Así, el carácter propio que el bizantino reviste en España, es hijo del contacto más inmediato con los árabes. No pierde la gravedad propia de la fe cristiana; mas cuando, ensanchándose los ámbitos, se buscan detalles con que romper la monotonía y enriquecer los muros, imítanse los caprichos moriscos; y muchas veces son ejecutados por escultores ú obreros que en la esclavitud sirvieron á los moros, ó que, prisioneros de los cristianos, abjuraron de la fe de Mahoma.

Y si el idealismo cristiano expresado en formas más severas y majestuosas se aduna con el materialismo árabe, no implica ahora aquella humillación que en anteriores épocas tuviera que someterse el arte cristiano al arte pagano. Son detalles que acaso formen carácter; pero aun siendo así no puede desconocerse que los mosaicos, artesonados de alarce, los arcos festonados, los lobulados en su perfil interior, agimeces, zigs-zags, engrelados, arcadas simuladas y enlaces de cintas y flores combinadas, que muchos juzgan árabes, porque el arte cristiano en España las tomó de alguno de aquellos monumentos, como de la mezquita de Córdoba, son propiamente bizantinos, de donde los árabes les tomaron, modificándoles después su ardiente fantasía.

Explicada así la importancia y el carácter general y particular del estilo románico-bizantino, podremos ya decir, que fué el arte monumental más severo y genuinamente cristia-

no; porque Constantinopla, de donde su primordial elemento dimana, fué levantada por Constantino para que sirviera de emporio al cristianismo, como Roma era entonces la cabeza del politeísmo; porque Carlo Magno, nuevo Emperador que encauzara la civilización de Europa por el camino de la fe de Cristo, tomando en Constantinopla el modelo para sus templos, también prepara su desarrollo y formación; y porque, cuando aparece ya formada en el siglo XI y adquiere su mayor desenvolvimiento en el XIII, la sociedad marchaba impulsada y regenerada por un enardecimiento religioso.

Este, pues, en nuestro sentir, fué el arte monumental más severo y propiamente cristiano; el llamado gótico, mejor ojival, que le sucedió, el más rico, más poético, más espiritual, magnífico y maravilloso. Los dos tuvieron sus razones de existencia; el segundo no hubiera podido formarse sin el primero; fué aquél el complemento de éste, y el que después llena las páginas de la historia hasta que se abre la época del renacimiento.

III.

Como de corolario de todo lo hasta aquí expuesto, servirá lo que debemos decir de ese tan venerando monumento, genuina representación del arte bizantino en nuestra ciudad, que llamamos Nuestra Señora de la Antigua.

Quien á su contemplación no se conmueva; quien al descubrirle desde la plaza de Santa María ó desde la calle de Esgueva, no admire aquel conjunto tan artístico y poético, no sabe sentir, ó no estima en nada la vida de las generaciones que nos procedieron, las civilizaciones que representa y el espíritu de tantos siglos que le envuelven. Aprecian en muy poco la historia de nuestra ciudad, de nuestra Patria, de nuestras glorias y de nuestras grandezas.

¡Porque Nuestra Señora de la Antigua es el augusto recinto donde se condensa y se respira aquel hálito de vida

que hiciera nacer, crecer y desenvolverse á Valladolid! ¡Monumento santo, sobre cuyas piedras leemos la historia y la civilización de esta ciudad y de toda su comarca desde que fuera conquistada á los sarracenos; en el cual, desde el siglo once, todas las generaciones han dejado allí impresos los rasgos de su genio! ¡Monumento que á su importancia histórica, para nosotros une bellezas y particularidades artísticas, que no poseerá sentimiento ni ilustración artística, repetimos, quien no sepa admirarle!

Todos estos edificios fueron patrocinados por algún héroe ó conquistador: el hado de éste fué el mismo que el de Valladolid. El Conde D. Pedro Ansúrez, cuando recibiera la ciudad en feudo, de D. Alfonso VI, siguiendo los impulsos de su alma, muy luego pensó en la dedicación de templos al culto de su fe. Éste fué el primero que levantó, según antiguas escrituras que aún se conservan, en el año 1088. Se ha llamado á este templo colegiata, y está ya demostrado que fué colegiata solamente hasta que se fundara, siete años después, Santa María la Mayor enfrente de ella, donde hoy debía llegar la actual catedral.

La Antigua, dotada tan espléndidamente como pocas iglesias, fué la abadía de su palacio, que donde está hoy el hospital de Esgueva se asentara.

Muchos Obispos, Cardenales y hombres ilustres, fueron abades de esta iglesia. Fundada, pues, en una época tan crítica de la historia del arte, como puede observarse de lo que llevamos expuesto, su descripción ofrece para nosotros una importancia grande, después de haber estudiado el arte bizantino en su desarrollo y desenvolvimiento.

De la época primitiva de su fundación son aquellas arcadas que dan frente á la calle de Esgueva, la torre, y deben serlo también casi todas las columnas de las naves. Las bóvedas peraltadas, el ábside principal, la puerta que hoy se oculta bajo aquel impropio portal y dos capillas, ya son del siglo catorce, época del nacimiento del arte ojival, en la que Alfonso XI la reconstruyera.

En el ábside hay ventanas del siglo quince, una capilla de la nave de la derecha y algunos detalles de ornamenta-

ción. Del siglo diez y seis es el magnífico retablo de Juan de Juni, y del siglo pasado una capilla de la nave de la izquierda y el portal que sostiene la casa del párroco. Su hermosísima torre es de lo más maravilloso que existe en el mundo del arte bizantino; ningún escritor, que nosotros separamos, ha hecho conocer su importancia artística. Habiendo nosotros observado muchas y procurado estudiar su historia, nos atrevemos á asegurar que es una de las primeras que se levantaron, y que de su elevación y de su género es la más antigua que se conserva. San Paulino de Nola en la Campania, se dice que inventó las campanas en el siglo V. Desde entonces se colocaron en espadañas sobre la puerta de las iglesias: en el siglo IX se fundieron ya mayores, y entonces se colocaron algunas sobre un cuerpo de edificio que vino á ser lo que hoy llamamos campanario. Cuando á fines del siglo XI y principios del XII tomó el arte bizantino mayor desenvolvimiento, aseguran los historiadores que los artistas y caballeros que regresaban á su Patria de la primera cruzada, en los monumentos que entonces construían, hacían levantar torres, recordando los minaretes que habían visto en las ciudades de Palestina. Si este es el origen de las torres en los templos cristianos, habiendo ocurrido la primera cruzada en 1093, y empezada la construcción de la antigua en 1088, bien puede asegurarse, que, deseoso el Conde Ansúrez de enriquecer cuanto pudiera á su iglesia, que tan espléndidamente dotara, y estando en íntima relación con los magnates de Francia, que ya concurrían á la corte de Alfonso VI, hizo levantar la torre, sugerido por éstos, ó movido por artistas iniciados ya en el arte oriental.

Arguye también en favor de esta opinión: que habiéndose edificado poco después Santa María la Mayor con el carácter de colegiata, como su mismo nombre lo indica, si no hubiera estado ya en obra la torre, parece natural que fuese este último templo el que llevara esa nueva creación del arte. Fijada así aquella antigüedad, si la introducción de las torres se efectuó de aquel modo, ésta tuvo que ser una de las primeras que se levantarán. Las dos de una iglesia de Poitiers, que no recordamos el nombre, de una antigüedad aproxima-

da, no tienen la belleza que ésta, porque son bastante menos elevadas. La inclinada de Pisa es también más baja, y del siglo XIII. En Bolonia hay dos de ladrillo, bizantinas y de menos importancia. Las de Zaragoza y Sevilla son completamente árabes, de los siglos XIV y XV. Las de Bom son las que más se la asemejan; pero no tienen su esbeltez por ser de mayor base y no elevarse tanto. La que existe actualmente en la plaza de San Marcos, en Venecia, no es la que se levantó cuando la iglesia, pues fué edificada de nuevo en el siglo XV.

Ni en la capital del mundo católico hemos encontrado una torre de esa antigüedad, de esa elegancia y de esa esbeltez. Pudiera ella representar el arte románico-bizantino en toda su pureza.

Se levanta sobre un gran cuerpo que traspasa la altura de la iglesia, á un lado de donde debía estar la primitiva puerta: encima se sobreponen otros tres cuerpos abiertos con ventanas orladas de columnitas; dividen estos cuerpos una imposta que corre á manera de cornisa, formada por ajedrezados; las esquinas de los muros también van orladas de columnitas, que algunos han querido decir que son árabes; y por fin remata en una cúspide piramidal muy aguda, revestidas sus cuatro caras de ladrillo rojo.

Y mientras otras torres, edificadas mucho después y de mayor base, como la de la catedral (1), no pudieron soportar el peso de los siglos, cual si tuviera conciencia del papel que representa, aún se mantiene impasible.

Algunos han dicho que es de la misma época que la inmediata de San Martín; esto es un error: la ojiva que ostenta en sus arcos lo demuestra. Fué una imitación que se hizo de aquélla, posteriormente: y siendo también más moderna, como la de la catedral, no pudo soportar parte de su peso.

Reconozcamos esa mole como la más vetusta manifestación del arte bizantino: acaso la más antigua torre que

(1) Edificada en el siglo XVI, se derrumbó el año veintitantos de este siglo.

se haya elevado y se conserve; como la parte más hermosa de ese augusto templo.

Hemos dicho que la puerta primitiva debía de estar al pie de la torre, porque se conserva allí un vestigio; y el rosetón que encima aún existe, también lo demuestra, pues así solían construirse. Las columnas de las naves, hoy tan lamentablemente embadurnadas, creemos fueran las primitivas que sostenían un techo de madera; las bóvedas peraltadas que hoy existen, fueron elevadas en la restauración de Alfonso XI. Son notables los capiteles por su forma airosa y sus relieves, ejecutados con la corrección que entonces pudiera exigirse. Las arcadas exteriores bizantinas formaron, indudablemente, la galería del pórtico. El grandioso retablo de Juan de Juni merecería una descripción particular; y son notables también las tablas de la capilla de los Condes de Cancelada, y una capilla de tiempo de los Reyes Católicos.

Examinado exteriormente, no hay en la ciudad un punto de vista tan artístico como el que ofrece este hermoso conjunto. Por doquiera se contemple, enfervoriza el alma y dilata el espíritu. Al pronto hiere la vista una mole irregular, heterogénea, casi deforme. Aquellas líneas incoherentes, que ora descienden, ora se levantan, ora se ensanchan, ora se confunden y se pierden en los muros; aquella planta sin orden ni concierto; las paredes, allá de negruzca piedra, aquí de demolida argamasa; luego un ábside bizantino; después otro mayor, perforado de engalanadas ojivas; más allá una galería de arcos y columnas bizantinas; arriba gárgolas, que coronan agudos botaretes, estribos sin conexión, un antepecho calado, desgastados capiteles; y por fin, la maravillosa torre bordada de columnitas y capiteles orientales, erguida cual un mástil que parece mecerse en el espacio. Todo esto, estrechado entre otros irregulares edificios que le circundan, al pronto nos representan los restos de una nave combatida por las oleadas de los siglos, cuyos despojos esperan á ser deshechos y aniquilados por los primeros vendavales. Muy luego, repuesto el ánimo y despierta la imaginación, percibe el alma las bellezas que entre aquellos muros se ocultan, los misterios que aquello simboliza y representa. Los genios del

Conde Ansúrez y de D. Alfonso XI resplandecen sobre aquella cúspide bizantina y sobre aquel ábside de ventanas ojivales. En aquellos muros se envuelve y se respira el espíritu de ocho siglos, la vida de trece generaciones; ¡allí se condensa la historia entera de Valladolid!

En ocho siglos ¡cuántas veces se han renovado las costumbres y la civilización se ha cambiado! ¡Cuántas veces se han absorbido y aniquilado, unas por otras, las manifestaciones de la vida! De aquellas épocas nada existe; todo se ha trocado en polvo. Todo, ¡menos lo que aún se conserva en ese augusto recinto; menos esa torre maravillosa!

Pasó la era de los héroes, de los conquistadores y de los cruzados; los tiempos de los caballeros y de los trovadores; la era del feudalismo, de las comunidades, de los magnates y de los próceres. Alrededor de ese recinto cien veces se convocaron aquellos ejércitos, cubiertos de brillantes armaduras y de bordadas dalmáticas. Allí los caballeros se cruzaron; aquí, al pie de esos muros, se libraron torneos y fiestas de amor; la corte y el pueblo cantaron himnos de placer y de victoria. También estremecieron esos muros los gritos de guerra y el fragor de la pelea.

Cuando España era el imperio del mundo; cuando la grande Isabel labraba aquellos tan brillantísimos florones á la corona de España; cuando se tomaba á Granada y se conquistaba un nuevo continente; cuando Carlos V y Felipe II hacían converger sobre España los mayores emporios de riqueza y de civilización, de comercio, de artes, de ciencias y de literatura, entonces era Valladolid el centro de España; y pues era esta Nación la cabeza del mundo, ¡sobre esta ciudad se asentaba el trono de tanta grandeza!....

¡Augusto templo! ¡sagrado recinto! todo pasó bajo tus plantas y sólo tú existes, testigo de tan asombrosas transformaciones; sólo tú te yergues, cual un gigante mecido en el espacio, sobre el polvo de tantas generaciones y de tantos siglos. ¡Salve, venerable monumento! Sé tú eterno libro que sirva de recuerdo de aquellas edades á nuestros hijos y á nuestros descendientes. Cuando niños, te contemplamos como un antro de misterios y de sombras; adultos ya, comprendíamos

que algo grande debían atestiguar esas moles así elevadas y respetadas por los siglos; luego soñábamos allí ideales de sentimiento y poesía; ahora, el frío de la reflexión fortifica el alma en sus creencias, y siente y se persuade, que si esas maravillas del arte, realizadas por el hombre, que si esos monumentos subsisten, cuando todo en su derredor ha perecido, es porque le diera vida una idea, una fuerza superior á todo lo que produce las creencias mundanas y terrenales. La idea de la divinidad, el fuego de una fe y de una religión que produce y crea esos monumentos, parece encarnarse en ellos, dándoles una coexistencia casi perenne; como la idea del Dios que representan y simbolizan.

Para terminar este desaliñado trabajo, realizado lejos del lugar que se describe, y fiados en nuestra débil memoria, demandaremos amparo y protección para ese monumento. Los recuerdos de sus glorias pasadas mantienen el valor y la dignidad en el corazón de los pueblos. Valladolid debe conservar siempre ese augusto templo, como se custodian en las familias antiguas los blasones de sus mayores.

¡Cómo no está declarado monumento nacional! Debe solicitarse inmediatamente. Si no os conmoviera la idea de que fué el primer templo que se erigiera aquí al Crucificado, considerad que ha sido testigo de tantas grandezas; que es el último vestigio de tantas generaciones; pensad que allí demandaron la protección del cielo para sus gloriosas empresas los héroes y los genios de nuestra Patria. Allí vagan las sombras de Ansúrez, Isabel la Católica, Colón, Alfonso XI, Carlos V, Felipe II, Cervantes, Juan de Juni y tantos otros. Allí se han postrado de hinojos ante Dios todos nuestros mayores.

Leguemos á nuestros hijos y á sus descendientes tan preciado monumento, para que, al descubrir allí la historia de esta ciudad, se enardezca y enfervorice su alma al fuego de la fe, de la virtud, del valor y del patriotismo.

San Juan de Luz 12 septiembre 1882.



